[aula abierta]

aula abierta 6

Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación

| Diario Co Latino |
| sábado 13 de febrero de 2010 |

Responsable: Vladimir Baiza

Primer año de Bachillerato

La lírica griega, una antigua forma de la belleza

Edgar Alfaro Chaverri

Al final del Período Homérico, durante la Edad Arcaica (entre los siglos VII y VI a. de C.), la aristocracia griega va modificando sus gustos; prefiere la poesía lírica a las leyendas y a los poemas épicos. Esto obedecía, por un lado, a que estaban viviendo una .poca de mayor tranquilidad y los temas bélicos no revestían *«actualidad»*; y, por otro, a que la aristocracia (en su mayoría terratenientes), sentía perder parcialmente su poder económico ante el ascenso de la clase media (comerciantes y manufactureros), y en vez de poner sus ojos en un pasado glorioso (la «edad heroica»), buscaban lo momentáneo; de ahí su gusto por los temas líricos.

Dicho de otro modo: la poesía épica floreció durante el predominio absoluto de la aristocracia, porque esta clase veía reflejada su grandeza en las narraciones de hechos heroicos atribuidos a sus antepasados; en cambio, al disminuir su poderío y su influencia, fijan más su interés en temas sentimentales o de puro entretenimiento personal.

La preponderancia de la epopeya llega a su fin con el comienzo del individualismo económico. El subjetivismo se va imponiendo en las letras; entonces ya no hay poetas anónimos: cada autor exige que se reconozca su paternidad sobre las obras que crea.

La poesía de esta época se suele acompañar con música (sobre todo con la lira) y con la danza. A veces constituía más un espectáculo que una recitación. Algunos de los poemas líricos se cantaban coralmente. Mientras las epopeyas de Homero y las obras de Hesíodo estaban construidas a base de sólo **hexámetros** (versos largos y rítmicos, divididos en seis partes), los poemas líricos adoptaron diversidad de formas métricas, con lo cual se produjo un magnífico acomodo del ritmo al pensamiento.

Las formas sobresalientes de la lírica griega fueron **la oda** (todo poema destinado a ser cantado), **la elegía** (poema triste), **el yambo satírico** y **los cantos corales.**

Los temas desarrollados por los poetas líricos son variados, desde el amor y el placer de la embriaguez hasta la gloria de los triunfos deportivos. Así, encontramos cantos de bebedores, cantos nupciales, de duelo, de victoria, irónicos, de enseñanza moral, etc.

Arriba : Safo de Lesbos

Abajo: Batalla griega

Algunos de estos autores, como Safo y Arquíloco, escribieron para su propio placer. Otros como Anacreonte, dependían de un patrono, aunque gozaban de amplio margen de libertad en la elección de sus temas y formas de expresión. Otros en cambio, como Píndaroy Simónides, que empleaban coros o compañías de actores profesionales para la recitación o canto de sus composiciones, tuvieron que sujetarse más directamente al patrocinio de los oligarcas.

Llegaron a desarrollar una técnica poética perfeccionada. Su producción fue culta, para un público elevado y sofisticado: la aristocracia. Todos ellos hacen uso abundante de la mitología en sus poemas, ya que las leyendas y aventuras de héroes y dioses, con su simbolismo, se prestaban tanto para la epopeya y la tragedia como para la poesía subjetiva y sentimental.

Principales poetas líricos de la Grecia Clásica

Arquíloco de Paros

Vivió entre el 700 y el 650 a. de C., cultivó el **yambo satírico**, poema de burla ingeniosa y de intensos ataques en contra de las malas costumbres. Fue pues, un moralista que ridiculizaba los vicios y a los viciosos, y criticaba con ágil ironía a los corruptos. Con humor fino y sincero se enfrentaba a muchos de sus contemporáneos y mostraba ante las inmoralidades de ciertos poderosos, una marcada independencia personal. Satirizó a los que artificiosamente querían mantener los ideales de la aristocracia de la edad homérica.

Menosprecio de las riquezas
Huid, vana opulencia,
y vosotras al par, grandezas tristes;
¿mendigaré yo acaso en mi indigencia
vuestros falsos favores?
Hay bienes aun más dulces que no gozan
los que son vuestros necios amadores.
Y yo olvido a la vez esos pesares
que os siguen y el espíritu destrozan.

Safo de Lesbos

Es la más importante de las poetisas de la antigua Grecia. Se le llamó la Décima Musa, por la admiración que sus versos causaron

durante su época y las posteriores. Nació en la isla de Lesbos, a finales del siglo VII a. de C.

Se casó con un ciudadano de Andros, quien murió siendo muy joven, dejándole una hija. A partir de ese hecho, Safo se consagró por entero a la poesía. Estableció una especie de academia poética para mujeres, en Mitilene, donde muchas poetisas se formaron en la música y en la creación literaria.

Sus alumnas y compañeras aprendieron de ella a componer apasionadamente, con sensualidad y delicadeza. Por eso se dice que formó a su alrededor una verdadera corte del amor.

También guardó afectos excesivos hacia personas de su mismo sexo (de ahí el término lesbianismo), por lo cual se calificó como desviada en materia amorosa.

La poesía de Safo, se centra en la pura expresión del sentimiento: cantó a la amistad y unión de las almas.

Celebró todos los amores y todas las bellezas. Son famosos aquellos versos suyos en que describe la turbación de hallarse *al lado del ser amado:*

«En cuanto te veo la voz se me corta,
la lengua se me traba,
un tenue fuego corre bajo mi piel,
nada veo con los ojos, los oídos me zumban,
el sudor me inunda,
el temblor se apodera por completo de mí;
me quedo más pálida que la mies
y casi parezco muerta.»

Fue amante de la naturaleza: pájaros, flores, la luna, etc. Sus odas melancólicas descubren un mundo íntimo, de finas pasiones femeninas.

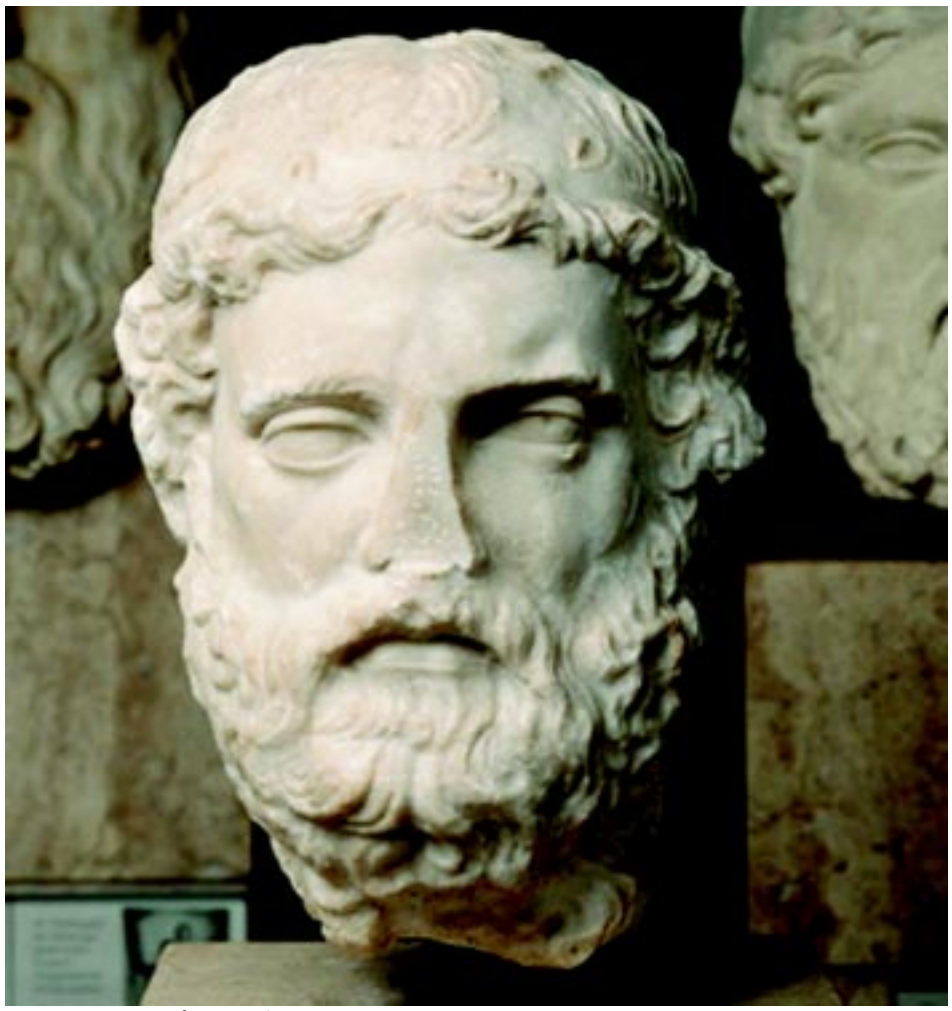
Abarcó todos los géneros de la poesía lírica: compuso epigramas, elegías, odas (nueve libros). Es la creadora de la estrofa sáfica, compuesta de endecasílabos, forma métrica adoptada más tarde por grandes poetas como Horacio y Catulo. En su obra se advierte una nota de orgullo profesional y de conocimiento de su fama poética. Sus temas surgen de la experiencia inmediata

Oda a la rosa

Floridos prados: si los altos dioses
os dieran una reina, escogerían
entre las lindas flores a la rosa,
esas rosas de Venus que prodigan
sus favores. La rosa es la mirada
de los campos; amores y delicias
de nuestros verdes valles; los colores
que son más vivos en sus hijas brillan,
y el aliento purísimo embalsama
del céfiro que dulce se desliza.

A Venus (fragmento)

Hija de Jove, sempiterna Cipria,
varia y artera, venerada diosa,
oye mi ruego; con letales ansias
no me atormentes.
Antes desciende, como en otro tiempo
ya descendiste, la mansión del padre
por mí dejando, mis amantes votos
plácida oyendo.



Anacreonte

Tú al áureo carro presurosa uncías
tus aves bellas, y a traerte luego
de sus alitas con batir frecuente
prestas tiraban.

***

Anacreonte de Teos

Muy escasos son los datos que se tienen sobre su vida. Nació hacia el 570 a. de C. en la ciudad de Teos, de la región de Jonia.

Poeta profesional, pasó su vida en las cortes de príncipes y tiranos. Polícrates, el tirano de Samos, le tuvo largo tiempo a su cargo. Luego, se fue a vivir al lado de Hiparco, gran protector de las letras y de las artes, que se complacía en rodearse de los poetas más ilustres. Más tarde gozó de la hospitalidad de los Aleuadas, en la región de Tesalia.

Eros

Cultivó de modo especial la oda de alabanza a los placeres del vino y de la vida sensual. Siglos más tarde se denominó oda anacreóntica a este tipo de composición.

En algunos de sus poemas se nos presenta como un viejo en actitud al mismo tiempo melancólica y sonriente. Trata sus temas de un modo superficial, incluso el de la vejez.

Su dios predilecto es Baco (Dionisios). Se muestra totalmente desinteresado por los temas filosóficos y religiosos, así como por los épicos. Exhorta a gozar Exhorta a gozar del presente y a evitar las preocupaciones por el porvenir.

Su obra ejerció mucha influencia en épocas posteriores. La obra de Anacreonte es abundante: numerosas odas, himnos, epigramas. La mayor parte de sus producciones se han perdido, no han llegado hasta nosotros. Su poesía está compuesta con precisión y elegancia; posee una suave emoción; es sobria y delicada, escrita en un estilo tan vivo, ingenioso y jovial, que no puede dudarse del espíritu eminente de quien la escribió.

Anacreonte fue el prototipo del verdadero gozador de la época aristocrática. Por eso se le ha llamado el poeta del amor. Ya viejo, regresó a Teos, donde terminó plácidamente sus días en edad muy avanzada.

De una copa de plata

Cincélame esta plata, Vulcano;
no me construyas con ella una armadura.
(¿Qué me importan a mí los combates?)
sino una copa hueca,
tan profunda como te sea posible.
Y no representes en ella los astros;
ni al Carro ni al odioso Orión.
(No me interesa absolutamente nada el Boyero)
sino vides cargadas con sus racimos, y Ménades
que los cogen.
También quiero que se vea una prensa,
de la que derrame el vino,
y vendimiadores que pisan las uvas de la cosecha
y sátiros que se rían,
y al lado del hermoso Baco, el Amor y Batilo.

La lira

Quiero cantar de Cadmo
quiero cantar de Atrides,
mas ¡ay!, que de amor sólo,
sólo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
las cuerdas mudo aprisa;
pero si yo de Alcides,
ella de amor suspira.
Pues, héroes valientes,
quedaos desde este día
porque ya de amor sólo,
sólo canta mi lira.

***

Píndaro de Tebas

Es el más importante y profuso de los poetas líricos de la Edad Arcaica. Nació en Tebas, hacia el 518 a. de C.

Recibió una excelente educación literaria y tuvo por maestros a célebres poetas de la época: Laso de Hermione, autor de famosos ditirambos y de exquisita música; Simónides de Ceo, otro lírico insigne. Píndaro los superó en fogosidad y fuerza expresiva.

Se casó con una noble, de nombre Megaclea, con quien procreó tres hijos. Tuvo una religiosidad extrema, de modo especial hacia Rea, Apolo y Pan. Construyó su casa en Tebas, al lado del templo de Rea. Al mismo tiempo fue muy moralista: sano en sus costumbres, hospitalario, patriótico. Fue protegido por varios príncipes, sobre todo por Alejandro de Macedonia y por Gerón de Siracusa.

En cierta ocasión alabó excesivamente a la ciudad de Atenas, en circunstancias en que Tebas y Atenas se encontraban en pugna. En castigo se le impuso una fuerte multa por parte de sus conciudadanos; pero los atenienses, al enterarse, le pagaron el doble de lo pedido.

Murió a una edad muy avanzada en forma tranquila. Atenas le erigió una estatua de bronce. Los espartanos, cuando saquearon Tebas, sólo respetaron la casa de Píndaro. Lo mismo hizo más tarde, Alejandro Magno.

Descolló en la composición de odas triunfales para los vencedores de los torneos deportivos. A esta clase de poemas se le denomina **odas pindáricas.**

En ellas exalta las glorias reales o imaginarias de los héroes locales, así como de antepasados ilustres. Se conserva siempre a gran altura intelectual, moral y artística. Se muestra orgulloso de su condición aristocrática y de una religiosidad muy fuerte.

Para valorar la poesía de Píndaro debe tenerse en cuenta la importancia que daban los griegos a las competencias deportivas. Para ellos una victoria olímpica era tan gloriosa como un triunfo guerrero. Los atletas vencedores eran festejados y alabados como héroes. Por eso Píndaro daba a sus odas el carácter de cantos de acción de gracias y de elogios, tanto al vencedor como a los juegos mismos.

A Terón, Rey de Agrigento
(vencedor con el Carro)
Oda Olímpica

Himnos que de la lira
Monarcas sois y dueños
¿Qué semidios, qué numen,
cu.l h.roe cantaremos?
De Júpiter es Pisa
y estableció los juegos
olímpicos Alcides
cual bélico trofeo.

Hoy celebrar el triunfo
con voz sonora debo
que la veloz cuadriga
donó a Terón Excelso,
varón hospitalario,
columna de Agrigento,
flor de gloriosa raza,
señor de vasto reino.

A esta sagrada imagen
trajo destino adverso
a sus mayores, astros
del siciliano suelo,
propicia la fortuna,
oro y favor perpetuo
de ingénitas virtudes
les dio por justo premio

¡Hijo de Rea, Jove
que diriges el cielo,
y el más alto certamen
y cristalino Alfeo!
Por mi cantar movido,
y sus ilustres nietos,
conserven tus bondades
heredado imperio.
Más ¡ay!, justo o injusto,
lo que pasó ni el tiempo
a deshacer alcanza
aunque de todo es dueño,
con mejor suerte, olvido
vendrá, cuando consuelo
manda el Hado, perece
del mar hasta el recuerdo.

Terón en Pisa ciñe
su frente sola. En Delfos
y en Istmo, con su hermano
divide los trofeos
que a sus áureas
concede fallo recto,
al verlas doce veces
girar con raudo vuelo.
El gozo que da el triunfo
destierra el humor negro.
Riqueza que acompaña
a la virtud y al mérito,
a la victoria al hombre
lleva por mil senderos,
y, astro luciente, excita
noble ambición su fuego.

***

Oda ístmica

El hombre que no fía
en próspera fortuna ni riquezas;

que nunca se gloría
de su poder ni atléticas proezas,
merece que con manos
frenéticas le aplaudan sus hermanos.
¡Oh, Jove poderoso!
De ti sus prendas el mortal recibe;
el varón religioso
de largos años, en paz, contento vive:
quien de impiedad alarde
se atreve a hacer, felicidad no aguarde.
Con fiestas y canciones
(de las Gracias favor) premiar es justo
las ínclitas acciones,
enalteciendo al vencedor augusto.
¡Meliso! Honor y gloria
a ti, que alcanzas hoy doble victoria.
Sin rival el gentío
el ístmico valle hora te aclama,
de jinete el umbrío
bosque del gran león te ha dado fama
¡gózate, sí!, que elevas
al cielo el nombre de tu patria Tebas,
de tus progenitores
no hay miedo, no, que tu valor desdiga:
el carro mil honores
a Cleónimo dio; y en la cuadriga
(de tu madre parientes)
los labdaquidas fueron excelentes.
¡Ay Nada su opulencia
sirvió para evitar la del mudable
tiempo dura sentencia;
que es sólo contra el Hado invulnerable
quien tuvo la fortuna
que un dios meciera su celeste cuna.

***

Los poetas son importantes, en la medida que la sociedad a la que cantan, les merezca; pero independientemente de esto, casi nadie es poeta en su tierra. A fin de cuentas de que quien canta al universo, suele ser ciudadano de la vida.

Así, los poetas van siempre estigmatizados, conscientes de no ser bien vistos, ya que por lo general, son temidos y vituperados, negados incluso hasta entre ellos mismos.

Por suerte, la muestra que hemos presentado en esta edición de Aula Abierta, nos deja la saludable sensación de que a pesar de los pesares, la poesía es inmortal, y que sus hijos bien amados, no perecen con la mala hierba de los siglos, los cuales son testigos de que las estrellas que conforman las constelaciones, acaso son poemas de un libro eternamente primigenio.

BIBLIOGRAFìA
-Letras 1. Dr. Luis Melgar Brizuela.Ed.
Actualizada por Miguel Ángel Chinchilla. Edit.
Oxcelotlán. Sin Fecha. San Salvador. El Salvador.

Safo en ruinas de Pompeya

La Sirenita

[Cuento infantil. Texto completo]

Hans Christian Andersen

En el fondo del más azul de los océanos había un maravilloso palacio en el cual habitaba el Rey del Mar, un viejo y sabio tritón que tenía una abundante barba blanca. Vivía en esta espléndida mansión de coral multicolor y de conchas preciosas, junto a sus hijas, cinco bellísimas sirenas.

La Sirenita, la más joven, además de ser la más bella poseía una voz maravillosa; cuando cantaba acompañándose con el arpa, los peces acudían de todas partes para escucharla, las conchas se abrían, mostrando sus perlas, y las medusas al oírla dejaban de flotar.

La pequeña sirena casi siempre estaba cantando, y cada vez que lo hacía levantaba la vista buscando la débil luz del sol, que a duras penas se filtraba a través de las aguas profundas.

-¡Oh! ¡Cuánto me gustaría salir a la superficie para ver por fin el cielo que todos dicen que es tan bonito, y escuchar la voz de los hombres y oler el perfume de las flores!

-Todavía eres demasiado joven -respondió la abuela-. Dentro de unos años, cuando tengas quince, el rey te dará permiso para subir a la superficie, como a tus hermanas.

La Sirenita soñaba con el mundo de los hombres, el cual conocía a través de los relatos de sus hermanas, a quienes interrogaba durante horas para satisfacer su inagotable curiosidad cada vez que volvían de la superficie. En este tiempo, mientras esperaba salir a la superficie para conocer el universo ignorado, se ocupaba de su maravilloso jardín adornado con flores marítimas. Los caballitos de mar le hacían compañía y los delfines se le acercaban para jugar con ella; únicamente las estrellas de mar, quisquillosas, no respondían a su llamada.

Por fin llegó el cumpleaños tan esperado y, durante toda la noche precedente, no consiguió dormir. A la mañana siguiente el padre la llamó y, al acariciarle sus largos y rubios cabellos, vio esculpida en su hombro una hermosísima flor.

-¡Bien, ya puedes salir a respirar el aire y ver el cielo! ¡Pero recuerda que el mundo de arriba no es el nuestro, sólo podemos admirarlo! Somos hijos del mar y no tenemos alma como los hombres. Sé prudente y no te acerques a ellos. ¡Sólo te traerían desgracias!

Apenas su padre terminó de hablar, La Sirenita le di un beso y se dirigió hacia la superficie, deslizándose ligera. Se sentía tan veloz que ni siquiera los peces conseguían alcanzarla. De repente emergió del agua. ¡Qué fascinante! Veía por primera vez el cielo azul y las primeras estrellas centelleantes al anochecer. El sol, que ya se había puesto en el horizonte, había dejado sobre las olas un reflejo dorado que se diluía lentamente. Las gaviotas revoloteaban por encima de La Sirenita y dejaban oír sus alegres graznidos de bienvenida.

-¡Qué hermoso es todo! -exclamó feliz, dando palmadas.

Pero su asombro y admiración aumentaron todavía: una nave se acercaba despacio al escollo donde estaba La Sirenita. Los marinos echaron el ancla, y la nave, así amarrada, se balanceó sobre la superficie del mar en calma. La Sirenita escuchaba sus voces y comentarios. «¡Cómo me gustaría hablar con ellos!», pensó. Pero al decirlo, miró su larga cola cimbreante, que tenía en lugar de piernas, y se sintió acongojada: «¡Jamás seré como ellos!»

A bordo parecía que todos estuviesen poseídos por una extraña animación y, al cabo de poco, la noche se llenó de vítores: «¡Viva nuestro capitán! ¡Vivan sus veinte años!» La pequeña sirena, atónita y extasiada, había descubierto mientras tanto al joven al que iba dirigido todo aquel alborozo. Alto, moreno, de porte real, sonreía feliz. La Sirenita no podía dejar de mirarlo y una extraña sensación de alegría y sufrimiento al mismo tiempo, que nunca había sentido con anterioridad, le oprimió el corazón.

La fiesta seguía a bordo, pero el mar se encrespaba cada vez más. La Sirenita se dio cuenta en seguida del peligro que corrían aquellos hombres: un viento helado y repentino agitó las olas, el cielo entintado de negro se desgarró con relámpagos amenazantes y una terrible borrasca sorprendió a la nave desprevenida.

-¡Cuidado! ¡El mar...! -en vano la Sirenita gritó y gritó.

Pero sus gritos, silenciados por el rumor del viento, no fueron oídos, y las olas, cada vez más altas, sacudieron con fuerza la nave. Después, bajo los gritos desesperados de los marineros, la arboladura y las velas se abatieron sobre cubierta, y con un siniestro fragor el barco se hundió. La Sirenita, que momentos antes había visto cómo el joven capitán caía al mar, se puso a nadar para socorrerlo. Lo buscó inútilmente durante mucho rato entre las olas gigantescas. Había casi renunciado, cuando de improviso, milagrosamente, lo vio sobre la cresta blanca de una ola cercana y, de golpe, lo tuvo en sus brazos.

El joven estaba inconsciente, mientras la Sirenita, nadando con todas sus fuerzas, lo sostenía para rescatarlo de una muerte segura. Lo sostuvo hasta que la tempestad amainó. Al alba, que despuntaba sobre un mar todavía lívido, la Sirenita se sintió feliz al acercarse a tierra y poder depositar el cuerpo del joven sobre la arena de la playa. Al no poder andar, permaneció mucho tiempo a su lado con la cola lamiendo el agua, frotando las manos del joven y dándole calor con su cuerpo.

Hasta que un murmullo de voces que se aproximaban la obligaron a buscar refugio en el mar.

-¡Corran! ¡Corran! -gritaba una dama de forma atolondrada- ¡Hay un hombre en la playa! ¡Está vivo! ¡Pobrecito...! ¡Ha sido la tormenta...! ¡Llevémoslo al castillo! ¡No! ¡No! Es mejor pedir ayuda...

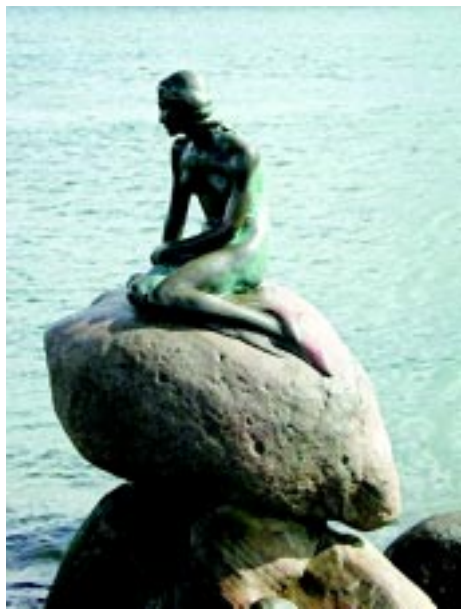
La primera cosa que vio el joven al recobrar el conocimiento, fue el hermoso semblante de la más joven de las tres damas.

-¡Gracias por haberme salvado! -le susurró a la bella desconocida.

La Sirenita, desde el agua, vio que el hombre al que había salvado se dirigía hacia el castillo, ignorante de que fuese ella, y no la otra, quien lo había salvado.

Pausadamente nadó hacia el mar abierto; sabía que, en aquella playa, detrás suyo, había dejado algo de lo que nunca hubiera querido separarse. ¡Oh! ¡Qué maravillosas habían sido las horas transcurridas durante la tormenta teniendo al joven entre sus brazos!

Cuando llegó a la mansión paterna, la Sirenita



empezó su relato, pero de pronto sintió un nudo en la garganta y, echándose a llorar, se refugió en su habitación. Días y más días permaneció encerrada sin querer ver a nadie, rehusando incluso hasta los alimentos. Sabía que su amor por el joven capitán era un amor sin esperanza, porque ella, la Sirenita, nunca podría casarse con un hombre.

Sólo la Hechicera de los Abismos podía socorrerla. Pero, ¿a qué precio? A pesar de todo decidió consultarla.

-¡...por consiguiente, quieres deshacerte de tu cola de pez! Y supongo que querrás dos piernas. ¡De acuerdo! Pero deberás sufrir atrozmente y, cada vez que pongas los pies en el suelo sentirás un terrible dolor.

-¡No me importa -respondió la Sirenita con lágrimas en los ojos- a condición de que pueda volver con él!

¡No he terminado todavía! -dijo la vieja-. ¡Deberás darme tu hermosa voz y te quedarás muda para siempre! Pero recuerda: si el hombre que amas se casa con otra, tu cuerpo desaparecerá en el agua como la espuma de una ola.

-¡Acepto! -dijo por último la Sirenita y, sin dudar un instante, le pidió el frasco que contenía la poción prodigiosa. Se dirigió a la playa y, en las proximidades de su mansión, emergió a la superficie; se arrastró a duras penas por la orilla y se bebió la pócima de la hechicera.

Inmediatamente, un fuerte dolor le hizo perder el conocimiento y cuando volvió en sí, vio a su lado, como entre brumas, aquel semblante tan querido sonriéndole. El príncipe allí la encontró y, recordando que también él fue un náufrago, cubrió tiernamente con su capa aquel cuerpo que el mar había traído.

-No temas -le dijo de repente-. Estás a salvo. ¿De dónde vienes?

Pero la Sirenita, a la que la bruja dejó muda, no pudo responderle.

-Te llevaré al castillo y te curaré.

Durante los días siguientes, para la Sirenita empezó una nueva vida: llevaba maravillosos vestidos y acompañaba al príncipe en sus paseos. Una noche fue invitada al baile que daba la corte, pero tal y como había predicho la bruja, cada paso, cada movimiento de las piernas le producía atroces dolores como premio de poder vivir junto a su amado. Aunque no pudiese responder con palabras a las atenciones del príncipe, éste le tenía afecto y la colmaba de gentilezas. Sin embargo, el joven tenía en su corazón a la desconocida dama que había visto cuando fue rescatado después del naufragio.

Desde entonces no la había visto más porque, después de ser salvado, la desconocida dama tuvo que partir de inmediato a su país. Cuando estaba con la Sirenita, el príncipe le profesaba a ésta un sincero afecto, pero no desaparecía la otra de su pensamiento. Y la pequeña sirena, que se daba cuenta de que no era ella la predilecta del joven, sufría aún más. Por las noches, la Sirenita dejaba a escondidas el castillo para ir a llorar junto a la playa.

Pero el destino le reservaba otra sorpresa. Un día, desde lo alto del torreón del castillo, fue avistada una gran nave que se acercaba al puerto, y el príncipe decidió ir a recibirla acompañado de la Sirenita.

La desconocida que el príncipe llevaba en el corazón bajó del barco y, al verla, el joven corrió feliz a su encuentro. La Sirenita, petrificada, sintió un agudo dolor en el corazón. En aquel momento supo que perdería a su príncipe para siempre. La desconocida dama fue pedida en matrimonio por el príncipe enamorado, y la dama lo aceptó con agrado, puesto que ella también estaba enamorada. Al cabo de unos días de celebrarse la boda, los esposos fueron invitados a hacer un viaje por mar en la gran nave que estaba amarrada todavía en el puerto. La Sirenita también subió a bordo con ellos, y el viaje dio comienzo.

Al caer la noche, la Sirenita, angustiada por haber perdido para siempre a su amado, subió a cubierta. Recordando la profecía de la hechicera, estaba dispuesta a sacrificar su vida y a desaparecer en el mar. Procedente del mar, escuchó la llamada de sus hermanas:

-¡Sirenita! ¡Sirenita! ¡Somos nosotras, tus hermanas! ¡Mira! ¿Ves este puñal? Es un puñal mágico que hemos obtenido de la bruja a cambio de nuestros cabellos. ¡Tómalo y, antes de que amanezca, mata al príncipe! Si lo haces, podrás volver a ser una sirenita como antes y olvidarás todas tus penas.

Como en un sueño, la Sirenita, sujetando el puñal, se dirigió hacia el camarote de los esposos. Mas cuando vio el semblante del príncipe durmiendo, le dio un beso furtivo y subió de nuevo a cubierta. Cuando ya amanecía, arrojó el arma al mar, dirigió una última mirada al mundo que dejaba y se lanzó entre las olas, dispuesta a desaparecer y volverse espuma.

Cuando el sol despuntaba en el horizonte, lanzó un rayo amarillento sobre el mar y, la Sirenita, desde las aguas heladas, se volvió para ver la luz por última vez. Pero de improviso, como por encanto, una fuerza misteriosa la arrancó del agua y la transportó hacia lo más alto del cielo. Las nubes se teñían de rosa y el mar rugía con la primera brisa de la mañana, cuando la pequeña sirena oyó cuchichear en medio de un sonido de campanillas:

-¡Sirenita! ¡Sirenita! ¡Ven con nosotras!

-¿Quiénes son? -murmuró la muchacha, dándose cuenta de que había recobrado la voz-

EL POPOL-VUH
O LIBRO DEL CONSEJO DE LOS INDIOS QUICHÉS (III)

Georges Raynaud

14

La abuela [75] de Maestro Mono, Maestro Simio, estaba allí cuando la mujer Sangre vino a casa de la abuela de Maestro Mono, Maestro Simio. En ella vivían sus hijos, y poco faltaba para que naciesen los llamados Maestro Mago, Brujito. Cuando la mujer llegó a casa de la abuela, la mujer dijo a la abuela: *«Llego, oh madre, yo Tu nuera, yo Tu hija, oh Madre»*; así dijo al entrar en casa de la abuela. *«¿De dónde vienes tú? ¿Dónde están mis hijos? ¿No han muerto en Xibalbá? ¿Sus dos descendientes, el signo de su Palabra, llamados Maestro Mono. Maestro Simio, no los ves tú? Sal de aquí. Vete»*, fue respondido por la abuela a la adolescente. *«En verdad, yo soy ciertamente tu nuera. Yo soy de Supremo Maestro Mago; helo aquí llevado vivo. Supremo Maestro Mago, Principal Maestro Mago, no están muertos; su sentencia les ha hecho ilustres. Tú eres Mi suegra. Así, ve sus rostros queridos en los que yo traigo»*, dijo ella a la abuela. En seguida, Maestro Mono, Maestro Simio, se irritaron. No hacían más que música, más que canto; su trabajo cotidiano no era sino pintura, sino escultura; recreaban el corazón de su abuela. La abuela recomenzó: *«Ninguna necesidad [tengo] de ti para nuera mía. Sólo la fornicación [hay] en tu vientre. Oh mentirosa, mis hijos de los cuales hablas, han muerto»*. La abuela dijo otra vez: *«Demasiado verdaderas son mis palabras. Pero sea, tú eres mi nuera, a lo que entiendo. Ve pues a recoger su alimento para los que comen; ve a coger una gran red llena. Vuelve [en seguida] puesto que eres mi nuera, a lo que entiendo»*, [le] dijo a la joven. «*Muy bien»*, respondió ésta, [y] después tomó el camino de las sementeras que habían sembrado Maestro Mono, Maestro Simio, por quienes había sido desmontado el campo; la adolescente lo siguió y llegó así a las sementeras.

Un solo tallo en el campo; no había dos tallos, tres tallos; sólo un tallo manifestaba su faz. Entonces se angustió el corazón de la joven. *«Desdichada de mí, yo, deseadora carnal. ¿Dónde recogeré la red de alimentos que se me ha dicho?»*, añadió. Entonces invocó a Guardián del Alimento [76] para que él viniera y para que ella llevara. *«¡La de la Lluvia. La de la Madurez. La del Cacao, vosotras que preparáis el maíz, tú, Guardián del Alimento de Maestro Mono, Maestro Simio!»*, dijo la adolescente. Entonces tomó las barbas, las brácteas de la mazorca, las arrancó dulcemente, sin coger la mazorca, [y] las arregló como mazorcas en la red; llenó la gran red. Entonces la joven se fue. Unos animales se encargaron de la red; al llegar fueron a poner la banastada contra la pared de la mansión. La abuela corrió para verla. Cuando la abuela vio una gran red llena de alimento: «*¿De dónde te ha venido este alimento? ¿Has arruinado, has acabado de coger mis sementeras? Voy a ver»*, dijo la abuela, poniéndose en camino, yendo a ver sus sementeras. Pero había como siempre un tallo. Se veía dónde había sido puesta la red. Por tanto, la abuela volvió aprisa a la casa; [y] dijo a la adolescente: «*En verdad, ése es el signo de que eres mi nuera. Aún veré tus actos, los de los muy Sabios que están en ti»*; [así] [le] dijo a la joven.

15

He aquí que diremos la infancia de Maestro Mago, Brujito. He aquí que vamos a contar su infancia. Cuando fue llegado el día del alumbramiento, la adolescente llamada Sangre dio a luz. La abuela no asistió al parto. Al instante nacieron los dos que fueron paridos, llamados Maestro Mago, Brujito; en la montaña nacieron. Entonces entraron en la morada: pero no dormían. «*Vete a llevarlos afuera. En verdad gritan sus bocas»*, dijo la abuela. Entonces se les puso sobre las hormigas, pero su sueño fue agradable. De allí se les llevó y se les puso sobre espinas. Ahora bien. Maestro Mono. Maestro Simio, deseaban que muriesen allá, sobre las hormigas, que muriesen allá, sobre las espinas. Lo deseaban porque [eran] rivales, envidiados, para Maestro Mono, Maestro Simio. Al principio sus hermanos menores no fueron recibidos por ellos en la mansión; éstos no los conocieron y vivieron en la montaña. Ahora bien. Maestro Mono, Maestro Simio, eran grandes músicos, cantantes. [Los dos recién nacidos] crecieron, y grandes tormentos [y] penas los fatigaron, los atormentaron. Habíanse vuelto grandísimos sabios: habíanse vuelto músicos, cantantes, escultores: todo era bien [hecho] por ellos. Sabían su nacimiento; sabían también [que eran] los sustitutos de su padre, quien había ido a Xibalbá, adónde había muerto su padre. Maestro Mono. Maestro Simio, eran grandísimos sabios; en su espíritu lo habían sabido todo desde luego, cuando habían nacido sus hermanos menores. Pero su sapiencia no se mostró a causa de su envidia; en ellos dominó la humillación de sus corazones. Pero ningún acto de Maestro Mago, Brujito, les había perjudicado. En efecto, éstos no hacían cada día más que tirar con cerbatanas. No eran amados por su abuela y por Maestro Mono, Maestro Simio. No se les daba de comer, sino que, cuando la comida había acabado, cuando Maestro Mono, Maestro Simio, habían comido, entonces venían ellos. No se encolerizaban, no se irritaban, pero sufrían. Conocían su ser y veían claro. Cada día al venir traían pájaros que Maestro Mono, Maestro Simio, comían sin darles nada al uno o al otro, Maestro Mago, Brujito, Maestro Mono, Maestro Simio, no hacían más que música, canto. Ahora bien. Maestro Mago, Brujito, habían venido sin traer pájaros; la abuela se irritó cuando entraron: *«¿Por qué no traéis pájaros?»*, les dijo a Maestro Mago, Brujito. *«Madre nuestra, he aquí que nuestros pájaros se han enredado en ¡as ramas frondosas de un árbol»*, respondieron. *«Abuela nuestra, no podemos subir al árbol para cogerlos; pero que nuestros hermanos mayores suban a él, que vengan con nosotros y que bajen los pájaros»*, añadieron. *«Muy bien. Al alba iremos con vosotros»*, respondieron los primogénitos. Ahora bien, la Sabiduría de Maestro Mono, Maestro Simio, estaba muerta en ellos dos en lo concerniente, a su derrota. *«No cambiaremos sino su ser y su vientre. Nuestra Palabra obrará a causa de los grandes tormentos que nos han infligido para que muriésemos, que fuésemos aniquilados, que nos sobreviniese [una] desgracia a nosotros sus hermanos menores. Como a sirvientes nos han rebajado en sus corazones; nosotros los humillaremos lo mismo, lo cual haremos como signo»*, su dijeron el uno al otro mientras iban al pie del árbol llamado Palo-Amarillo [77]. Acompañados de sus hermanos mayores, caminaban disparando con las cerbatanas, innumerables [eran] los pájaros que gorjeaban en el árbol, y sus hermanos mayores se maravillaban de ver aquellos pájaros.

«He aquí pájaros, pero ni uno sólo ha caído al pie del árbol; no ha caído ninguno de nuestros pájaros; id a hacerlos caer», dijeron a los primogénitos. *«Muy bien»*, respondieron éstos. Pero cuando hubieron subido al árbol, el árbol creció, su tronco engrosó; y cuando Maestro Mono, Maestro Simio, quisieron bajar después, no pudieron descender de la cima del árbol. Desde la cima del árbol dijeron: *«Oh, hermanos menores nuestros, ¿cómo ha pasado esto? Tened piedad de nuestros rostros. He aquí que este árbol espanta a los que lo miran, oh hermanos menores nuestros»*; [así] dijeron desde la cima del árbol. Y Maestro Mago, Brujito, dijeron: *«Desenrollad vuestros taparrabos, atadlos bajo vuestros vientres, [con] una larga punta colgando que echaréis por detrás, y así marcharéis cómodamente»,* [así] respondieron los dos hermanos menores. *«Muy bien»,* dijeron [los primogénitos] tirando de las extremidades de sus taparrabos, pero al instante éstas se volvieron colas, y ellos fueron metamorfoseados en monos. En seguida caminaron por las cimas de los árboles de las montañas pequeñas, de las montañas grandes; caminaron por las selvas, alegrándose, balanceándose en las ramas de los árboles. Así fueron vencidos Maestro Mono, Maestro Simio, por Maestro Mago, Brujito, quienes no lo hicieron sino por su Ciencia Mágica. Volvieron entonces a su casa. Al llegar dijeron a su abuela y a su madre: *«Oh abuela nuestra, ¿qué les ha pasado, pues, a nuestros hermanos mayores? Súbitamente sus rostros se han vuelto como los de los animales»*, así dijeron. *«Si sois vosotros quienes habéis hecho eso a vuestros hermanos mayores, me habéis hecho infeliz, me habéis hecho desdichada. Oh hijos míos, no haced, pues, eso a vuestros hermanos mayores»*, respondió la abuela a Maestro Mago, Brujito. Ellos respondieron entonces a su abuela: *«Oh abuela nuestra, no os aflijáis; volveréis a ver*

los rostros de nuestros hermanos mayores; volverán, pero esto será una prueba para vos, nuestra abuela. Guardaos de reír. Probad ahora su suerte». En seguida comenzaron a tocar la flauta, a tocar el *«Mono de Maestro Mago»*. Después cantaron, tañeron la flauta, tocaron el tambor, tomando sus flautas, sus tambores. Sentaron entonces con ellos a su abuela; cuando tañeron la flauta, con el canto y con la música ejecutaron el aire llamando con el nombre de «*Mono de Maestro Mago»*. Entonces entraron Maestro Mono, Maestro Simio, quienes danzaron al llegar. Cuando la abuela echó de ver sus feas caras, cuando ella los vio, entonces la abuela se rió, la abuela no pudo contener la risa; al instante, fuéronse; ella no vio ya más sus caras. *«¡Eh, abuela nuestra, se han ido a la selva! Abuela nuestra, ¿por qué hicisteis eso? Cuatro veces solamente probaremos. Solamente tres veces todavía haremos resonar la flauta, el canto. Retened vuestra risa, y que la prueba recomience»*, dijeron otra vez Maestro Mago, Brujito; después, tocaron de nuevo la flauta. [Los primogénitos] volvieron entonces, danzando, al centro de la morada, pero causaban tanto placer, incitaban tanto a reír a su abuela, que bien pronto la abuela se rió. Verdaderamente risibles [eran] sus faces de monos con sus anchos vientres, sus colas inquietas, sus estómagos lisos; cuando entraron, esto hizo reír a la abuela. Entonces, volvieron a las montañas. *«Abuela nuestra, ¿qué haremos? Solamente por la tercera vez probaremos»*, dijeron Maestro Mago, Brujito, quienes tocaron una vez más la flauta. [Los primogénitos] volvieron de nuevo bailando, pero su abuela se abstuvo de reír. Subieron a la terraza del edificio; sus ojos, muy rojos, chispeaban; se acurrucaron; [con] sus hocicos alargados se hicieron muecas. Entonces la abuela los miró de nuevo, y al instante la abuela estalló en risa. A causa de la risa de la abuela no se volvieron a ver ya más sus rostros. *«Oh, abuela nuestra, los llamaremos todavía, por cuarta vez».* Entonces [los segundones] tocaron de nuevo la flauta, pero [sus hermanos mayores] no volvieron a la cuarta vez, sino que se fueron al instante a la selva. [Los segundones] dijeron, entonces, a la abuela: *«Abuela nuestra, habíamos probado y al principio vinieron; acabamos aún de probar a llamarlos. No os enfadéis. Nosotros somos, nosotros, vuestros nietos y os miramos como a nuestra madre, oh abuela nuestra, en memoria de nuestros hermanos mayores que se distinguieron, que se llamaron Maestro Mono, Maestro Simio, así llamados»*; [así] dijeron Maestro Mago, Brujito. Ahora bien, [los primogénitos] eran invocados por los músicos, por los cantantes, entre los hombres de otros tiempos; antaño también los pintores, los cinceladores, los invocaban. Pero se volvieron animales, fueron hechos monos, porque se enorgullecían, porque maltrataban a sus hermanos menores. Así fueron aminorados sus corazones; así fueron perdidos, fueron aniquilados Maestro Mono, Maestro Simio, vueltos animales. Ahora bien, habían estado siempre en su casa, en donde se habían hecho grandes músicos, cantantes, cuando vivían con su abuela, con su madre.

16

[Los segundones] comenzaron sus trabajos para manifestarse ante su abuela, ante su madre. Primeramente hicieron su campo. *«Oh abuela nuestra, oh madre nuestra, trabajaremos en los campos»*, dijeron. *«No os aflijáis. Nosotros somos, nosotros, vuestros nietos, nosotros los sustitutos de nuestros hermanos mayores»*, dijeron Maestro Mago, Brujito. Entonces tomaron su hacha [para madera], su azadón, su coa [78], y caminaron, cada uno con su cerbatana al hombro. Al salir de su casa recomendaron a su abuela que les llevara su comida. *«Oh abuela nuestra, que se nos dé a mediodía nuestro alimento»*, dijeron. *«Muy bien, oh nietos míos»*, respondió su abuela. Llegaron en seguida allá donde estaba el campo. Por todas partes en donde hundieron su azadón en la tierra, el azadón sólo trabajó la tierra; ellos no trabajaban; el azadón sólo. Y golpearon con el hacha los troncos de los árboles y las ramas de los árboles, derribando, podando, derribándolo todo, árboles, bejucos; y cortaba aquella madera, hacía todo aquello, un hacha sola. He aquí que el azadón arrancaba mucho; innumerables las zarzas, los espinos, trabajados por un azadón sólo; innumerable lo que fue arrancado en las montañas pequeñas, las montañas grandes. Entonces ordenaron a un animal llamado Paloma Torcaz; habiéndola hecho subir a un gran tronco, Maestro Mago, Brujito, le dijeron: *«Mira cuando nuestra abuela venga a darnos nuestro alimento; arrulla luego que llegue, arrulla y cogeremos el azadón, el hacha»*. *«Muy bien»*, respondió Paloma Torcaz. He aquí que ellos no hicieron más que tirar con cerbatanas; en realidad no trabajaron el campo. Después de lo cual. Paloma Torcaz arrulló. Al instante vinieron, el uno a tomar el azadón, el otro a tornar el hacha. Habiéndose envuelto la cabeza, el uno se cubrió falazmente de tierra las manos, ensuciándose el rostro lo mismo, como un verdadero labrador; el otro se cubrió falazmente de astillas de madera la cabeza, como si verdaderamente hubiera podado, carpinteado. Entonces fueron vistos por su abuela. En seguida comieron. En verdad, no habían trabajado el campo; llegóse, pues, sin causa, a darles su comida.

Cuando llegaron a la casa: *«Abuela nuestra, verdaderamente nos acostamos»*, dijeron al entrar, estirando sin motivo sus piernas, sus brazos, delante de su abuela. Cuando al día siguiente volvieron, llegaron al campo, todos los árboles, los bejucos, se habían vuelto a levantar, todas las zarzas, los espinos, estaban enmarañados, cuando llegaron. *«¿Quién se ha burlado de nosotros?»*, dijeron. *«Los que hicieron esto son todos los animales pequeños, los animales grandes, puma, jaguar, venado, conejo, zorro, coyote, cerdo, puerco-espín, los pájaros pequeños, los pájaros grandes; son ellos quienes hicieron esto y lo hicieron en una noche»*. En seguida comenzaron de nuevo a trabajar el campo, hicieron lo mismo en la tierra para cortar los árboles; celebraron consejo mientras cortaban los árboles, mientras arrancaban. *«Solamente velaremos nuestro campo. Quizás sorprenderemos a quienes vinieron a hacer esto»*, dijeron celebrando consejo; después volviéronse a la casa. *«¿Qué*

véis? [79] *¿Se burlan de nosotros, oh abuela nuestra? Grandes hierbas, la gran selva, [hay] allá adonde estaba nuestro campo cuando de día fuimos, oh abuela nuestra»*, dijeron a su abuela, a su madre. *«Volveremos, velaremos; no [está] bien que se nos haga eso»*, dijeron. En seguida se armaron, en seguida volvieron a sus árboles cortados y se ocultaron en ellos, se abrigaron a la sombra. Entonces los animalitos se congregaron, cada especie reuniéndose, todos los animales pequeños, los animales grandes; he aquí que a media noche llegaron. He aquí sus Palabras: *«¡Arboles, levantaos! ¡Bejucos, levantaos!»*; [así] dijeron al llegar, amontonándose bajo los árboles, bajo los bejucos; entonces avanzaron, se mostraron, ante los rostros [de los dos segundones]. He aquí los primeros: el puma, el jaguar; [los jóvenes] quisieron cogerlos, pero no se dieron [80] a ellos. Entonces avanzaron, colas acercadas, el venado, el conejo; [los jóvenes] los asieron pero no arrancaron más que la extremidad de la cola del venado, [del conejo], que se les quedó entre las manos: habiendo asido la cola del venado, la cola del conejo, dichas colas fueron acortadas. El zorro, el coyote, el cerdo, el puerco-espín, no se dieron a ellos. Todos los animales se mostraron ante Maestro Mago. Brujito. Los corazones de éstos fueron afligidos porque no cogieron ninguno. Otro llegó, el último; llegó brincando. Entonces ellos se pusieron de través [en su camino], cogieron en un pañuelo a la Rata. Habiéndola cogido le apretaron vivamente la cabeza, queriendo ahogarla. Le quemaron la cola en el fuego; entonces la rata comenzó a llevar así la cola, a no tener pelos en la cola; sus ojos [volviéronse saltones] porque habían querido ahogarla los engendrados Maestro Mago, Brujito. «*Que yo no muera por [obra de] vosotros. Vuestro oficio no es cultivar»*, les dijo la rata. *«¿Qué nos cuentas tú ahora?»*, respondieron a la rata los engendrados. *«Dejadme un momento. Mi Palabra está en mi vientre* [81] *y yo os la contaré: dadme ahora algo de comer»*, dijo la rata. *«Después te daremos de comer; cuenta primero»*, fue dicho. *«Muy bien. He aquí que los bienes de vuestros padres llamados Supremo Mago, Principal Maestro Mago, quienes murieron en Xibalbá, existen suspendidos en lo alto de la mansión; sus anillos, sus guantes, su pelota; pero vuestra abuela no quiso mostrároslo, pues vuestros padres murieron por eso». «¿Dices la verdad?»*, dijeron a la rata los engendrados. Gran alegría [hubo] en sus corazones al oír la historia de la pelota. Habiendo contado la rata, ellos dieron de comer a la rata. *«He aquí tu alimento; maíz, pimiento blanco, frijoles, cacao [moneda]* [82]*, cacao [clase extra], serán tuyos; lo que fuere conservado, olvidado, tuyo también y tú lo roerás»*, dijeron a la rata Maestro Mago, Brujito. «*Muy bien, engendrados. ¿Qué diré si vuestra abuela me ve?»*, respondió. *«Que tu corazón no tema. Aquí estamos nosotros, prestos estamos nosotros para responder a nuestra abuela. Vamos aprisa a subir a ese rincón de la mansión; vamos adonde es preciso ir; tú subirás aprisa adonde aquello está suspendido; nosotros veremos en los cordajes de la mansión; también veremos por nuestra comida»*, dijeron a la rata. Se consultaron una noche; después de haber celebrado consejo, Maestro Mago, Brujito, llegaron a mediodía. Sin mostrar la rata que llevaban, llegaron; el uno entró abiertamente en la casa; el otro fue al rincón de la mansión, en donde al instante dejó trepar a la rata. Pidieron entonces a su abuela su comida. *«Moled solamente nuestro alimento; no deseamos más que un caldo con pimiento* [83]*, oh abuela nuestra»*, dijeron. Ella les preparó al instante una copa de caldo caliente que puso delante de sus rostros. Solamente para engañar a su abuela, a su madre. Derramaron el agua del cántaro. *«Nuestras bocas están verdaderamente secas. Id a buscar nuestra bebida»*, dijeron a la abuela. *«Sí»*, dijo ella saliendo. Sin embargo, comieron, verdaderamente sin hambre; no obraban sino por fingimiento. Mientras vigilaban el caldo de pimiento para la rata, la rata trepaba junto a la

pelota suspendida en lo alto de la mansión. Mientras vigilaban el caldo de pimiento, enviaron un Mosquito; el Mosquito, animal semejante a un cínife, fue al borde del río; al instante agujereó el fondo del cántaro de la abuela, y el agua se derramó por el fondo del cántaro; ella trató de tapar el fondo del cántaro pero no pudo. *«¿Qué hace nuestra abuela? Nos sofocamos, [por falta] de agua; nos acabamos por nuestras bocas secas»*[84], dijeron a su madre, enviándola afuera. La rata subió en seguida junto a la pelota que cayó de las cuerdas de la casa con los anillos, los guantes, los escudos de cuero; los tomaron al instante y fueron a esconderlos en el camino que conducía al juego de pelota. Después fueron a buscar a su abuela al borde del río; su abuela, su madre, trataban cada una de tapar el fondo del cántaro. Llegaron ellos, cada uno con sus cerbatanas, [y] avanzaron hasta el borde del río. *«¿Qué hacéis? Nuestros corazones se cansan; venimos»*, dijeron. «*Ved el fondo del cántaro; no se puede tapar»*, respondió la abuela[85]. Al instante ellos lo taparon. Volvieron, marchando delante de su abuela. He aquí cómo les fue entregada la pelota.

17

Ahora bien, ellos se regocijaron de ir a pelotear en el juego de pelota. Fueron lejos a jugar solos; barrieron el juego de pelota de su padre. Entonces los jefes de Xibalbá los oyeron. *«¿Quiénes son esos que comienzan ahora a jugar sobre nuestras cabezas, que no se avergüenzan de hacer temblar la tierra? Supremo Maestro Mago, Principal Maestro Mago, que quisieron enorgullecerse ante nuestros rostros, ¿no están muertos? Que se vaya, pues, a llamar a ésos»*, dijeron Supremo Muerto, Principal Muerto, a todos los jefes. Enviaron. Dijeron a sus mensajeros: *«Id a decirles: «que vengan», dicen los jefes. «Aquí queremos pelotear con ellos; dentro de siete días jugaremos», dicen los jefes. Id a decirles eso»*, fue repetido a los mensajeros. Éstos tomaron el gran camino que los engendrados habían desmontado hasta su casa, recto hasta su casa; por él los mensajeros llegaron directamente hasta [donde estaba] la abuela, [los engendrados] comían [en el juego de pelota] cuando llegaron los mensajeros de Xibalbá.

«En verdad, que vengan, dicen los jefes», dijeron los mensajeros de Xibalbá. Entonces los mensajeros de Xibalbá indicaron el día de la venida [de los engendrados]. *«Dentro de siete días se les esperará»*, dijeron a Antigua Ocultadora los enviados. *«Muy bien. Allí estarán, oh mensajeros»*, respondió la abuela. Y los enviados se pusieron en camino y regresaron [a Xibalbá].

Entonces se angustió el corazón de la abuela: *«¿A quién enviaría yo para hablar a mis nietos? En verdad, ¿no es así como antaño vinieron los mensajeros a coger a sus padres?»*, dijo tristemente la abuela entrando sola en la casa. Al instante por debajo [de su vestido] cayó un Piojo. Ella lo asió, lo levantó, lo puso en su mano en donde el piojo se movió, anduvo. *«Oh nieto mío, ¿quieres que te envíe al juego de pelota para llamar a mis nietos?»*, le dijo al piojo. *«Unos mensajeros han venido como heraldos a decir a vuestra abuela: «Que se preparen y que dentro de siete días vengan»; [así] han dicho los mensajeros de Xibalbá. Así dice vuestra abuela»*, le dijo al piojo. Entonces éste caminó, se apresuró. Ahora, pues, sentado en el camino, [encontró a] un engendrado llamado Batracio, un sapo. *«¿Adónde vas?»*, le

dijo el sapo al piojo. *«Mi palabra está en mi vientre; voy hacia [donde están] los jóvenes»*, dijo el piojo a Batracio. *«Muy bien. No te apresuras, por lo que veo»*, fue dicho al piojo por el sapo. *«¿Quieres que te trague? Verás cómo me apresuro. Llegaremos al instante»*. «*Muy bien»*, dijo el piojo al sapo, e inmediatamente fue tragado por el sapo. Ahora bien, el sapo anduvo largo tiempo, caminando sin darse prisa; después encontró a una gran serpiente llamada Blanca Víbora. *«¿Adónde vas, oh Batracio, oh engendrado?»*, dijo Blanca Víbora al sapo. *«Soy un mensajero; mi Palabra está en mi vientre»*, dijo el sapo a la serpiente. *«Por lo que veo, no te apresuras. ¿Iré yo más aprisa?»*, dijo la serpiente al sapo. *«Ven aquí aprisa»*, añadió; entonces el sapo fue tragado por Blanca Víbora. Desde entonces las serpientes toman [al sapo] como alimento; se comen ahora a los sapos. La serpiente caminaba, corría. La serpiente fue encontrada por el Gavilán, gran ave; al instante la serpiente fue tragada por el gavilán, quien poco después llegó a lo alto del juego de pelota. Desde entonces el gavilán tomó por alimento, se comió a las serpientes en las montañas. Al llegar, el gavilán se posó en el reborde del [edificio] del juego de pelota en donde se divertían en pelotear Maestro Mago, Brujito. Al posarse el gavilán gritó: *«¡Gavilán! ¡Gavilán!»*; su grito dijo: *«Gavilán»*. *«¿Qué es ese grito? ¡Pronto, nuestras cerbatanas»*, dijeron [los engendrados], [y] después dispararon con las cerbatanas al gavilán, le enviaron en los ojos el hueso de la cerbatana; al instante dio una vuelta sobre sí mismo y cayó. Corrieron inmediatamente a cogerlo. | y] después lo interrogaron: *«¿Por qué vienes?»*, le dijeron al gavilán. *«Mi mensaje está en mi vientre, pero primero curad mis ojos [y] después os lo diré»*, dijo el gavilán. *«Muy bien»*, dijeron ellos. Tomaron un poco de la pelota de su juego de pelota y lo aplicaron sobre la faz del gavilán. Esto fue llamado Remedio-Pelota[86] por ellos. Al instante con eso curaron bien la faz del gavilán. *«Habla ahora»*, le dijeron al gavilán. Entonces él vomitó a la gran serpiente. *«Habla»*, le dijeron a la serpiente. *«Sí»*, dijo ésta, y entonces vomitó al sapo. *«¿Dónde está el mensaje anunciado?»*, le dijeron al sapo. *«En mi vientre está mi Palabra»*, dijo el sapo. Entonces trató [de vomitar], hizo esfuerzos, pero no vomitó; la tentativa solamente cubrió de baba su boca, sin vomitar. Los engendrados quisieron entonces maltratarlo. *«Eres un engañador»*, dijeron pateándole el trasero: entonces los huesos de su trasero descendieron sobre sus piernas. Probó otra vez; solamente baba ensució su boca. Entonces abrieron la boca del sapo; fue abierta | su boca] por los engendrados; buscaron en su boca; ahora bien, el piojo estaba junto a los dientes del sapo; estaba en su boca. No se lo había tragado: solamente como si se lo hubiera tragado. Así fue vencido el sapo; no se conoce la clase de alimentos que le fue dada; no corre; no es sino carne para serpientes. *«Habla»*, fue dicho entonces al piojo. Él contó su mensaje. *«Oh engendrado, vuestra abuela ha dicho esto: «Ve a llamarlos. De Xibalbá han venido a llamarlos los mensajeros de Supremo Muerto, Principal Muerto. —Que vengan aquí a pelotear con nosotros dentro de siete días; que vengan también sus accesorios de juego; pelota, anillos, guantes, escudos de cuero; que aquí se vivifiquen sus rostros, dicen los jefes. En verdad, ellos han venido», dice vuestra abuela. Entonces yo he venido. Vuestra abuela ha dicho eso verdaderamente. Vuestra abuela llora, gime. Yo he venido». «¿Es verdad esto?»*, dijeron en sus corazones los engendrados, al escucharlo. Al instante caminaron, llegaron junto a su abuela, solamente para despedirse de su abuela, para partir. *«Oh abuela nuestra, partimos, nos despedimos de vos. He aquí que dejamos el signo de nuestra Palabra. Cada uno plantamos aquí una caña; las plantamos en medio de la casa. Si se secan, signo será de nuestra muerte. «Han muerto», diréis si se secan. Si echan yemas diréis: «Viven»*[87]*. Oh abuela nuestra, oh madre nuestra, no lloréis. He aquí el signo de nuestra Palabra que queda junto a vosotras»*, dijeron. Partieron, luego que Maestro Mago hubo plantado una [caña], [y que] Brujito hubo plantado una [caña]. Las plantaron, no en las montañas, no en una tierra verdeante, sino en una tierra seca, en medio de la casa en donde las dejaron plantadas.

18

Entonces caminaron, cada uno con su cerbatana. Descendieron hacia Xibalbá. Descendieron aprisa la pendiente rápida y pasaron los ríos encantados de los barrancos; los pasaron entre pájaros; son los pájaros llamados Congregados. Pasaron el río Absceso, el río Sangre, en donde, en el espíritu de los Xibalbá, debían ser vencidos; no los pasaron sino sobre sus certabanas. Salidos de allí, llegaron a la encrucijada de los Cuatro Caminos. Ahora bien, ellos conocían los caminos de Xibalbá: el camino negro, el camino blanco, el camino rojo, el camino verde. Por tanto, desde allí enviaron a un animal llamado Mosquito; éste debía recoger las noticias que ellos le enviaban a buscar: «*Pica a cada uno de ellos. Muerde primeramente al [que esté] sentado primero, [y] después, acaba por picarlos a todos. Tu alimento será chupar en los caminos la sangre humana»*, fue dicho a Mosquito. *«Muy bien»*, respondió Mosquito. Entonces entró por el camino negro. Llegó junto al maniquí, al [muñeco] labrado en madera, los primeros sentados, engalanados. Picó al primero, que no habló. Picó al otro, picó al segundo sentado, que no habló. Picó al tercero; el tercero era Supremo Muerto. *«¡Ay! ¡Ay!»*, dijo Supremo [Muerto] cuando fue picado. *«¿Qué, Supremo Muerto, quién os picó?»*, le dijo Principal Muerto. *«No sé»*, respondió Supremo Muerto. *«¡Ay!»* dijo el cuarto sentado. *«¿Qué, Principal Muerto, quién os picó?»*, dijo el quinto sentado. *«¡Ay! ¡Ay!»*, dijo. Extiende Tullidos. Principal Muerto le dijo: *«¿Quién os picó?»*. Picado, el sexto dijo: *«¡Ay!»*. *«¿Qué, Reúne Sangre?»*, le dijo Extiende Tullidos. *«¿Quién os picó?»*, dijo el séptimo, que entonces fue picado. *«¡Ay!»*, dijo. *«¿Qué, El del Absceso?»*, le dijo Reúne Sangre. *«¿Quién os picó?»*, dijo el octavo sentado que fue entonces picado. *«¡Ay!»* dijo. *«¿Qué, El de la Ictericia?»*, le dijo el del Absceso. *«¿Quién os picó?»*, le dijo el noveno sentado que entonces fue picado. *«¡Ay!»,* dijo. *«¿Qué, Varilla de Hueso?»*, le dijo el de la Ictericia. *«¿Quién os picó?»*, le dijo el décimo sentado, que fue entonces picado. *«¡Ay!»* *«¿Qué, Varilla de Cráneos?»*, le dijo Varilla de Huesos. *«¿Quién os picó?»*, dijo el undécimo sentado, que fue entonces picado. *«¡Ay!»*, dijo. *«¿Qué?»*, le dijo Varilla de Cráneos. *«¿Quién os picó?»,* dijo el duodécimo sentado, que fue entonces picado: *«¡Ay!»*, dijo. *«¿Qué, Opresión?»*, le fue dicho. *«¿Quién os picó?»*, dijo el decimotercero sentado que fue entonces picado. *«¡Ay!»*. *«¿Qué. Gavilán de Sangre?»*, le dijo Opresión. *«¿Quién os picó?»*, dijo el decimocuarto sentado que fue entonces picado. *«¡Ay!»*. *«¿Quién os picó. Garras Sangrientas?»*, le dijo Dientes Sangrientos. Así fueron nombrados sus nombres; todos se nombraron el uno al otro; así, manifestaron sus rostros[88]; al nombrar sus nombres, siendo nombrado cada uno de los capitanes por el otro; el nombre de uno, sentado en el rincón, fue dicho. [No hubo] ninguno cuyo nombre se omitiera. Se acabó de nombrar todos sus nombres cuando fueron picados por el pelo de la faz de la rodilla[89] de Maestro Mago; en realidad no era un mosquito quien les había picado, quien había ido a escuchar todos sus nombres para Maestro Mago, Brujito.

En seguida, éstos caminaron, llegaron adonde estaban los de Xibalbá. *«Saludad a los jefes»*, se [les] dijo; *«ésos sentados»*, [les] dijo un tentador. *«Ésos no son los jefes, sino un maniquí, un muñeco de madera»*, dijeron ellos avanzando. Entonces saludaron: *«Salud, Supremo Muerto. Salud, Principal Muerto. Salud, Extiende Tullido. Salud. Reúne Sangre. Salud, El del Absceso. Salud El de la Ictericia. Salud, Varilla de Huesos. Salud, Varilla de Cráneos. Salud. Gavilán de Sangre. Salud, Dientes Sangrientos. Salud. Garras Sangrientas»*, dijeron al avanzar. De todos descubrieron los rostros, nombraron todos sus nombres; no hubo ni un nombre omitido. [Los Xibalbá] hubieran querido que sus nombres no fuesen descubiertos por ellos. *«Sentaos»*, les dijeron, deseando que se pusiesen sobre un banco, pero [los engendrados] no quisieron. *«Ése no es nuestro banco sino un banco de piedra quemante»*[90] dijeron, invictos. Maestro Mago. Brujito. *«Muy bien. Id a vuestra morada»*, se les dijo. Entonces invictos, entraron en la Mansión Tenebrosa.

Literatura Indígena colombiana

La Leyenda (Mito) de Yurupary

El Mito de Yurupary

La Leyenda de Yurupary se nos presenta como el ejemplo más típico de formalización literaria en Colombia. Es una leyenda que ha andado por mucho tiempo de boca en boca por las tribus y las malocas; en los caminos más oscuros de la selva amazónica. Su origen es común a todas las tribus de la Amazonía colombo-brasilera (río Vaupés, Isana y río Negro), principalmente en la región del Vaupés-Colombia.

La Leyenda de Yurupary es prueba de que nuestra cultura autóctona está aún presente y viva, pues su culto se practica en numerosas tribus constituyéndose hoy día en el gran mito, todavía vigente de los indígenas colombianos y por extensión, latinoamericanos; además, es el único texto indígena de autor conocido.

Extraña la falta de interés que hasta la fecha ha existido por estudiar la leyenda de Yurupary desde un punto de vista literario, lo cual no ocurre con otros textos amerindios como el notable Popol-Vuh de los quichés de Guatemala. En realidad, las explicaciones que se intentan a este respecto no parecen satisfactorias, aunque hay que tener en cuenta que el estudio de la mitología indígena es un campo relativamente poco explorado y que las investigaciones sobre literaturas amerindias están en su etapa preliminar.

Este mito fue recogido a finales del siglo XIX por el indígena brasilero Maximiano José Roberto, descendiente de indígenas manaos y tirianas, quien lo plasmó por escrito en lengua franca o Nheengatú (derivada del tupí-guaraní); posteriormente fue traducido al italiano por el Conde Ermanno Stradelli y publicado en 1891 en el Bolletino de la Societa Geographica de Roma (Serie III, Vol III, p.p. 659-689; 789-835).

Pese a esta publicación, el mito siguió prácticamente ignorado no sólo por los colombianos, sino también por los brasileros; hasta que en la década del cincuenta, Don Pastor Restrepo Lince lo redescubrió; y con la asistencia de Américo Carnicelli, lo tradujo del italiano al español. Javier Arango Ferrer tuvo conocimiento de este hecho y fue el primero en divulgar públicamente en su ensayo *Raíz y desarrollo de la literatura colombiana* la existencia de este documento. En la actualidad, Héctor Orjuela con la colaboración de Susana N. Salessi y el Instituto Caro y Cuervo, han publicado una nueva traducción del manuscrito de Stradelli al español.

Síntesis del Mito de Yurupary

La leyenda de Yurupary es muy extensa, y tiene numerosas variantes , según la tribu o el sitio donde está propagada; pero, en resumen puede decirse que es un mito religioso-agrícola que celebra la fertilidad y, al mismo tiempo, es un ceremonial iniciático para los jóvenes, un rito encaminado a preservar del incesto, un culto a los antepasados, un mito secreto masculino machista, y una exaltación de Yurupary, héroe fabuloso, cuya presencia se invoca para renovar las creencias en sus leyes y enseñanzas.

Sucintamente, Yurupary hace relación a un ser hermoso y extraordinario nacido de una virgen, que quedó embarazada por haber comido de un fruto prohibido, y que realiza hazañas asombrosas y tiene aspecto peculiar, porque su cuerpo irradia luz o fuego, y está dotado de agujeros que producen sonidos musicales, o truenos, según el caso. Es además un enviado del sol, y busca una mujer que no sea curiosa, ni chismosa, ni libidinosa, y tiene una misión religiosa que cumplir. Así, luego de recibir la piedra cilíndrica y emblemática de la luna, inicia su labor y dicta leyes, ordena ayuno obligatorio, enseña a cultivar el maíz y establece cantos, bailes y ceremonias rituales. Pero las mujeres quieren conocer los secretos del culto, que les están vedados y espían a los hombres, por lo que Yurupary las castiga, convirtiéndolas en piedras y devorando a sus hijos. Los ancianos entonces deciden darle muerte y después de emborracharlo, lo arrojan a una hoguera; pero del cuerpo del héroe brotan palmas que crecen rapidísimamente, y por ellas Yurupary trepa hasta el cielo. En su ausencia, las mujeres, que han vuelto a la vida, se roban los instrumentos sagrados, que son la voz de Yurupary, y esto da lugar a un cambio de status social, en el que las mujeres predominan, se hacen cargo del culto, y los hombres en cambio tienen que trabajar en las labores del hogar y sufren menstruación.

En este período, Yurupary se hace presente de nuevo, completa su misión evangelizadora, restableciendo el predominio masculino, y conoce por primera vez el amor humano; pero falla en la búsqueda de la mujer perfecta, que no puede encontrar sobre la tierra. Entonces se despide de sus discípulos y desaparece caminando siempre hacia el oriente.